

precise alguno de los motivos arriba insinuados, y en todas las que hiciere observa las reglas siguientes :

2. Primera : Que sean raras. Toda frecuencia indica algun apego peligroso, y cuando menos mucha ociosidad. Segunda : Que sean breves. Fuera de perderse el tiempo, es inseparable el enfado y la importunidad de toda visita larga; por lo comun ningunos las hacen mas molestas que los hombres pesados y taciturnos; pareceles que quanto mas te cansen te hacen mas merced. Tercera : Que siempre haya un buen motivo para hacerlas, y nunca sean por mera curiosidad. Mas vale sufrir cada uno en su casa el tedio de la soledad, que irse á las ajenas á enfadar á otros. Cuarta : Si son de obligacion, hazlas con exactitud; si de cortesania, con circunspeccion; y si de caridad, con la mayor diligencia. Quinta : Es la conversacion el alma de las visitas; pero si está viciada el alma, si la conversacion es, ó de lances poco decorosos, y tal vez denigrativos de las personas, ó de cuentecillos que llevan dentro de sí cierto secreto veneno, ó de modas, ó de galas, ó de un mueble suntuoso, ó de partidas de diversion, dirigidas á inspirar y á fomentar el espíritu del mundo, ¿ harán muy cristianas las visitas todas estas conversaciones? Pon el mayor cuidado en no tocar en ellas materia alguna de que despues te hayas de arrepentir. Sexta : Procura imitar en todas tus visitas las virtudes que ejerció la Virgen en la de Sta. Isabel. Nunca hacerlas sin justa causa; trabar en ellas conversaciones cristianas, y estar en todas con mucha circunspeccion, respeto y compostura. Las visitas que se hagan con estas circunstancias siempre serán provechosas. Séptima : Advierte bien, que aunque las visitas se hagan con el mas justo motivo, todavia pueden no carecer de peligro; es muy sutil el enemigo de nuestra salvacion, y la pasion mas peligrosa de todas se disfraza con todo género de mascarillas. Por mas especioso que sea el pretesto de las visitas, siendo un poco frecuentes con personas de diferente sexo, las mismas visitas son tentaciones.

DIA III.

MARTIROLOGIO.

SAN TRIFON Y OTROS DOCE MÁRTIRES, en Alejandria. (Los doce compañeros mártires fueron MENELAO, CIRION, EULOGIO, PORPHOREO, APRICO, CUSTO, JULIANO, ERADIO, ORESTE, CIRILO, EMERION Y JULIO. Aunque los escritores convienen que Alejandria fué la palestra del glorioso combate de estos ilustres mártires de Jesucristo, escepto Gela-

sino que señala su pasion en tiempo del emperador Aureliano, no nos dicen los demás del nombre del tirano, ni géneros de tormentos que padecieron.)

SAN EULOGIO Y COMPANEROS; mártires, en Constantinopla.

SAN JACINTO, camarero del emperador Trajano, en Cesarea de Capadocia; el cual acusado de que era cristiano, fué atormentado de varias maneras y por último le hicieron morir de hambre en una cárcel.

LOS MÁRTIRES SAN IRENEO, diácono, y SANTA MUSTIOLA, matrona, en Chiusi en Toscana; los cuales pasando por diversos y muy atroces tormentos, merecieron la corona del martirio en tiempo del emperador Aureliano. (*Véase su historia en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES MARCOS Y MUCIANO, en el mismo día, que fueron degollados por Jesucristo; á un muchacho de poca edad que les exhortaba á grandes voces á que no sacrificasen á los ídolos, fué azotado cruelmente; y como en medio del tormento confesase con más fervor á Jesucristo, lo mataron junto con otro llamado Pablo, que también exhortaba á los mártires.

SAN ANATOLIO, obispo, en Laodicea de Siria; el cual escribió varias obras celebradas no solo de los hombres de piedad, sino también de los filósofos.

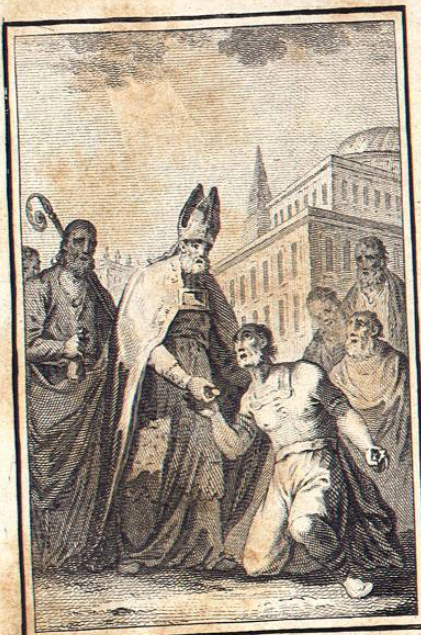
SAN HELIODORO, obispo, en Altino, esclarecido por su doctrina y santidad. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN DATHO, obispo y confesor, en Ravena.

LA TRASLACION DE SANTO TOMÁS APÓSTOL, desde la India, en Edesa en Mesopotamia: cuyas reliquias fueron despues trasladadas á Ortona.

SAN HELIODORO, OBISPO.

FUÉ natural de Dalmacia, y contemporáneo de S. Jerónimo, con quien ligó estrecha amistad; y se cree que ambos fueron de un mismo lugar, esto es, de Stridon, ciudad de Iliria en los confines de la Dalmacia y de la Panonia, que despues fué destruida por los godos, y nació hácia el principio del cuarto siglo. Ignóranse los sucesos de sus primeros años, y solamente se sabe que sus padres eran muy acomodados, y que tuvieron gran cuidado de darle una cristiana educacion. Viniendo á Italia san Jerónimo, le siguió Heliodoro, no solo con el fin de perfeccionarse en el estudio de las humanas y divinas letras, sino principalmente con el intento de instruirse en aquel género de vida que le pareciese mas proporcionado para hacerse santo. Al principio tuvo pensamiento de peregrinar por todas las provincias del Oriente para aprender de aquellos grandes maestros de la vida espiritual el arte de arribar á la perfeccion; pero conociendo bien los fondos de S. Jerónimo, le pareció que le bastaba para esto el magisterio de tan santo y sabio director; por lo que noticioso de que habia vuelto de las Gaulas, partió á buscarle á Aquileya, y



S. HELIODORO, O.

entregado enteramente á la disciplina de tan hábil como experimentado maestro, en breve tiempo hizo admirables progresos en los caminos del Señor.

Apenas gustó Heliodoro los dulces consuelos de la vida interior, cuando le causó tedio y fastidio la tumultuosa y bulliciosa del mundo, siendo desde entonces la soledad el objeto de todas sus ansias y suspiros: con todo eso no se pudo resolver á separarse de su amado director; pero desde luego entabló cierto género de vida monacal, y sin encerrarse en ningun monasterio, privadamente practicaba en su casa todos los ejercicios de la vida ascética y solitaria, sin dejarse ver apenas de persona, y empleado día y noche en la oracion y en el estudio de la sagrada Escritura.

Pero habiendo determinado S. Jerónimo hacer un viaje al Oriente en compañía de Inocente y del presbítero Evagrio, quiso también Heliodoro acompañarlos. No era precisamente su fin hacerse mas sabio conversando con los grandes hombres que entonces florecian, sino santificarse mas y mas visitando tantos milagrosos varones como á la sazón llenaban el mundo de portentosos ejemplos. Corrieron juntos la Tracia, la Bitinia, el Ponto, la Galacia, y en fin llegaron á Siria. Entraron en Antioquia, donde conocieron al famoso heresiarca Apolinar, cuya herejía aun no estaba públicamente descubierta, por el gran cuidado que ponía en disimular sus errores con el velo de una virtud aparente, y á favor de una falaz y artificiosa elocuencia. Concurría frecuentemente Heliodoro á oírle la esplicacion de la sagrada Escritura; pero tardó poco en percibir el veneno que derramaba el nuevo doctor con tanta sutileza. Hizosele muy sospechosa la novedad de sus opiniones, y esto bastó para mirarlas con horror.

Después que S. Jerónimo hizo alguna mansion en Antioquia, se retiró á un desierto de la provincia de Chalcidia, hácia los confines de la Siria y de la Arabia. Siguióle S. Heliodoro, satisfaciendo á un mismo tiempo su invariable inclinacion á la soledad, y su tierna pasion á su santo director. Quedóse Evagrio en Antioquia, y como era hombre de conveniencias; tomó de su cuenta proveerlos de todo lo necesario para su manutencion.

Hacia Heliodoro maravillosos progresos en la ciencia de los santos, no menos con las lecciones que con los ejemplos de tan experimentado maestro, cuando renovándose de repente en su corazon la tierna memoria de la dulce patria, y el amor á sus parientes, le escitó unos vivísimos deseos de volverse á Dalmania. Por mas que S. Jerónimo le representó el lazo que le armaba el tentador, venció finalmente el amor á la patria, y se

partió para ella, dando palabra á su director de que volvería á buscarle. Pareciéndole á Jerónimo muy larga la estancia que hacia entre sus parientes, le causó alguna inquietud, temiendo que así estos, como los grandes bienes que podía heredar de sus padres, le hiciesen flaquear en la vocacion, y volverse á engolfar en los peligros del mundo. Con este temor, desde su destierro de Chalcidia le escribió la carta siguiente llena de ternura, no menos que de vivos y cristianos desengaños.

«Bien sabes, amado Heliodoro mio, lo oprimido que quedé mi corazon cuando te ví apartar de mí. Fuéme tu ausencia estremamente dolorosa; no cesaron mis ojos de llorar desde que te separaste de mi presencia, y el mismo papel en que te escribo puede dar testimonio de que todavía no se ha agotado el manantial. Permite que te busque con mis cartas, ya que no te pude detener con mi persona.» Y pasando de repente por una parte á las mas cariñosas, y por otra á las mas vivas reprensiones, añade:

«¿Pero á qué fin usaré contigo de súplicas, ni de halagos? Un corazon tan dolorosamente herido como el mio no debe manejar otras armas que la cólera para la venganza. ¿Qué haces, pues, en la casa de tu padre, delicado y tímido Heliodoro? ¿Ya se oye el ruido de las trompetas, y tú no tienes valor para marchar al combate? ¿Adonde se fué aquel santo ardor de tus primeros alientos? ¿Te has olvidado por ventura de quien es el capitán en cuyos estandartes te alistaste?» Aquí es donde san Jerónimo acuerda á su querido Heliodoro aquella máxima, igualmente generosa que cristiana, tantas veces repetida:

«Aunque tu madre, tendidos y desgreñados los cabellos, bañados en lágrimas los ojos emplease todo el artificio de la ternura mas halagüeña y tentadora; aunque te pusiese á la vista aquellos mismos pechos que te dieron leche, con el fin de detenerte; aunque tu padre se postrase al umbral de la puerta para cerrártela, no debieras acobardarte, debieras pasar por encima de él, pisar y atropellar á tu padre por amor de Jesucristo. Sería entonces piadosa la misma crueldad, sería blandura cristiana la insensibilidad y la dureza. Corre, vuela á las banderas de Cristo, á las cuales diste el nombre.

«Considera que si todavía haces pretension á la herencia del siglo, es preciso renunciés el derecho que tienes á ser coheredero de Cristo en el reino de la gloria. Un verdadero siervo de Cristo (dice en otra parte) ni desea poseer, ni efectivamente posee otra cosa que al mismo Jesucristo. Si deseas ser perfecto, amado Heliodoro, ¿para qué vuelves todavía los ojos hácia la ca-

duca y perecedera sucesion de tu padre? Pero si ya no lo deseas, ¿como tuviste aliento para engañar al Señor (por decirlo así) prometiéndole no poner jamás tu corazon en otra cosa que en él? Y no te canses en alegarme razones para excusar tu inconstancia, porque todas son muy frívolas; no hay lazos que no pueda romper el amor de Dios, ó temor del infierno, cuando se quiere eficazmente.»

El fin de la carta contiene el elogio de la vida solitaria, y es un poderoso estímulo á Heliodoro para que vuelva á gustar de su dulzura.

« O desierto, (esclama el santo Doctor) ó desierto! tú solo produces aquellas flores que exhalan tan grato olor al gusto de Jesucristo. ¡O encantadora soledad, en que nace la cantera de donde se sacan las piedras para edificar la ciudad santa de Sion! ¡ó dulcísimo retiro, en el cual no se desdeña Dios de tratar familiarmente con el hombre! ¿Qué haces en el mundo, amado hermano mio, tú que eres mas noble que el mundo mismo? ¿hasta cuándo te has de detener voluntariamente cautivo en esa tumultuaria y bulliciosa mansion de las poblaciones? ¡O Heliodoro, tú temes la pobreza, y ves aquí que Jesucristo dice que son bienaventurados los pobres! Espántate el trabajo; pero dime, ¿se consigue la corona sin pelea? Te ponen miedo los ayunos y las penitencias; ¿mas por qué no consideras que todo lo suaviza la fe? No, amado Heliodoro mio, no hay que esperar alegrarse en este mundo, y reinar en el otro con Cristo.»

No pudieron menos de hacer impresion en un corazon tan bien dispuesto unas instancias tan vivas como apretadas. Ignoramos absolutamente los estorbos que impidieron á nuestro Santo el volverse á la soledad de Siria; solamente sabemos, que por mas que el mundo le tentó, valiéndose de todos sus artificios para engañarle, jamás desmintió su primera resolucion. No alteró su inclinacion al retiro la estancia en su país, viviendo entre sus parientes como pudiera en la ermita, ó en la gruta de Chalcidia; y luego que pudo dejar su patria, se despidió de ella, para no volverla á ver jamás. Desconfiando de poder juntarse otra vez con su director, resolvió hacer segundo viaje á Italia; y teniendo presentes los grandes ejemplos de virtud que habia observado en muchos santos eclesiásticos de los que componian la clerecía de Aquileya, determinó encaminarse á esta ciudad. Apenas llegó, cuando se dió á conocer por su virtud, por su sabiduria y por su mérito, haciéndose digno de ser luego admitido en la misma clerecía; en cuyo venerable cuerpo, no obstante componerse de eclesiásticos tan ejemplares, se distinguió muy en breve por su

doctrina y por sus raras virtudes. A vista de su vida retirada, humilde y penitente, se levantó con la veneracion universal, siendo generalmente aclamado por hombre santo; y vacando por entonces la silla episcopal de Altino, sufragánea de la metrópoli de Aquileya, no se halló en todo el clero sugeto mas digno de ocuparla que Heliodoro. Costó mucho vencer su repugnancia á tan alta dignidad, sin que la eleccion del pueblo y del clero bastase á persuadirle era henemérito de ella, atemorizándole las terribles obligaciones del cargo episcopal; pero al fin, después de larga resistencia, le fué preciso ceder, y rendirse á la voluntad de Dios tan sensiblemente declarada.

Dió nuevo lustre la dignidad á su virtud; y doblando los ayunos y las penitencias, en poco tiempo se mereció por su zelo y por su doctrina el concepto general de uno de los prelados mas santos de aquel siglo. Hizo eterna guerra á los enemigos de la fe, manteniéndose inseparablemente unido á la doctrina de la Iglesia. Opúsose con vigor á los dogmas de los apolinaristas y de los arrianos, asistiendo en el concilio de Aquileya, que con este fin se celebró el año de 381. Habíase convocado á solicitud de S. Ambrosio, que fué como el alma del concilio; y conociendo con esta ocasion al obispo de Altino, descubrió sus grandes fondos, y estrechó con él una fina amistad.

Concluido el concilio, se dedicó enteramente nuestro Santo á conducir á sus ovejas por el camino seguro de la salvacion, apacentándolas con el pasto de la palabra de Dios. No hubo pastor mas aplicado á proveer las necesidades de su rebaño, y á preservarle de todo lo que le podia perjudicar. A los que habian movido sus exhortaciones, los acababan de convertir sus ejemplos. Hacíase todo á todos para ganarlos á todos. Hízose dueño de los corazones por su caridad, por su humildad y por su mansedumbre; y ya se sabia que sus rentas no eran para él, sino para los pobres.

Nunca se olvidó S. Jerónimo de su amado discípulo, y en una de sus Epistolas da testimonio de que Heliodoro conservaba en el obispado la misma austeridad y la misma exactitud de la vida monástica, siendo á la verdad muy dificultoso encontrar obispo mas ejemplar, ni mas perfecto. No se sabe precisamente el tiempo de su santa muerte; solo es cierto que fué preciosa en los ojos del Señor, puesto que la Iglesia consagró su memoria, fijando su fiesta el dia 3 de julio, y es muy probable que sucedió hácia el fin del cuarto siglo.

SAN IRENEO Y SANTA MUSTIOLA, MÁRTIRES.

EN tiempo del emperador Aureliano era Turcio vicario en la ciudad de Clusi, en la Toscana, ó Etruria, que es en la Italia el estado del gran duque de Florencia. En esta ciudad, pues, padecieron martirio los gloriosos S. Ireneo, diácono, y santa Mustiola, vírgen. Sucedió así: que habiendo el dicho vicario Turcio martirizado en la ciudad de Sutria, en la misma Toscana, al glorioso S. Felix, á 23 de junio, y habiendo sepultado su santo cuerpo junto á los muros de la misma ciudad el glorioso S. Ireneo, llegó á noticia del cruel vicario la piadosa obra de Ireneo; por lo cual lo mandó prender, y rodeado de cadenas lo hizo venir, siguiendo su carroza hasta la ciudad de Clusi, donde lo puso en la cárcel con otros muchos cristianos presos, á los cuales visitaba y regalaba con cuanto podia Mustiola, doncella y señora rica, y tan noble que era prima hermana del príncipe Claudio.

Dieron cuenta á Turcio de la gran caridad que Mustiola usaba con los cristianos presos; por lo cual la mandó prender, sin reparar en su gran nobleza. Entonces hizo degollar á todos los cristianos que tenia presos, dejando solo con la vida á Ireneo; al cual mandó que á vista de Mustiola lo colgasen en el ecúleo, ó potro, y lo despedazasen con uñas de acero, y pusiesen fuego debajo, hasta que sin quitarle del tormento perdiese la vida: lo cual hicieron los crueles verdugos sin piedad alguna. Luego que acabó Ireneo esta vida mortal, y se fué á gozar de la eterna é inmortal con la corona y palma del martirio, mandó el impío vicario que á Mustiola (pues no queria sacrificar á los dioses) la azotasen con planchas de plomo, hasta quitarle la vida; lo cual tambien fué ejecutado, así como mandado, y la bendita vírgen fué á gozar de su Esposo y reinar con él para siempre; cuyos dos sagrados cuerpos enterró cerca de los muros de la misma ciudad de Clusi, Marcos, varon cristiano y religioso, donde hoy tienen un suntuoso templo, y hacen continuos milagros, con que es Dios en ellos glorioso, como siempre en sus Santos. Fué su glorioso martirio á 3 de julio (día en que se celebra su fiesta) por los años del Señor de 275.

La misa es en honor de S. Heliodoro y la oracion la siguiente:

Suplicámoste, Señor, oigas hacemos en la solemnidad de benigno las oraciones que te tu bienaventurado confesor y

pontifice Heliodoro, y que nos libres de todos nuestros peccados, por la intercesion y méritos de aquel que te sirvió tan dignamente. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capitulo 15 del apóstol S. Pablo á los hebreos

Hermanos: Acordaos de vuestros prelados, los cuales os anunciaron la palabra de Dios; de los que habeis de imitar la fe, poniendo los ojos en el fin de su vida. Jesucristo ayer, y hoy: y el mismo es por los siglos. No os dejéis llevar de doctrinas varias y peregrinas. Porque es cosa escelente confortar el corazon por medio de la gracia, no por medio de aquellas comidas, que nada aprovecharon á los que practicaron su observancia. Tenemos un altar del cual no tienen derecho á participar los que sirven al tabernáculo. Porque los cuerpos de aquellos animales, cuya sangre es llevada por el pontífice al *Sancta sanctorum* por el pecado, son quemados fuera de poblado. Por lo cual tambien Jesus, para santificar el pueblo con su sangre, padeció fuera de la puerta. Salgamos pues, á él, fuera de poblado, llevando su improperio. Porque aquí no tenemos ciudad estable, sino que buscamos la futura. Ofrezcamos, pues, siempre por él á Dios hostia de alabanza, esto es, el fruto de los labios que confiesan su nombre. Y no queráis olvidaros de la beneficencia, ni de la comunion de caridad, por cuanto con semejantes víctimas se gana á Dios. Obedeced á vuestros prelados, y estad sujetos á ellos, porque ellos velan, como quienes han de dar cuenta de vuestras almas.

REFLEXIONES.

Traed á la memoria los que os anunciaron la palabra de Dios, y haciendo reflexion al fin que se propusieron en su conducta y en su vida, imitad su fe. Nosotros, gracias al Señor, seguimos su fe; ¿pero imitamos sus virtudes? No puede haber mayor desproporcion entre las costumbres de aquellos héroes cristianos y las nuestras, entre nuestra conducta y la suya. Todos tenemos la misma fe, los mismos principios, las mismas verdades, la misma religion, la misma doctrina; pero la vida es muy diferente. Aquellos ilustres prelados, tan respetados por sus brillantes virtudes como por su eminente santidad, son el objeto de nuestra veneracion; ¿cuando serán el modelo de nuestra vida?

La religion nunca envejece; conservará la Iglesia todo su vigor hasta el fin de los siglos; no se han debilitado las máximas de Jesucristo. ¿Pues como se puede creer este Evangelio, como se puede seguir esta religion, y vivir como si no se creyese? Traigamos á la memoria aquellas grandes almas, cuyas costumbres fueron el mayor panegirico de la religion, y cuya vida fué la mas concluyente prueba de su fe; no ignoramos cuan preciosa fué su muerte á los ojos del Señor; ¿pensamos que será la nuestra igualmente preciosa á sus divinos ojos? Imitemos su fe; pero imitemos tambien su virtud y su inocencia: de esa manera nunca nos dará en rostro la ridiculez, y aun la impiedad de una contradiccion tan monstruosa. Creer las verdades mas terribles de nuestra religion, y seguir únicamente las detestables máximas del mundo, es monstruosa quimera. Empleos brillantes, pretensiones empeñadas, frutos naturales de la ambicion y de la avaricia, amor á los placeres, proyectos aéreos, fortunas lustrosas, conveniencias opulentas; estos son los grandes resortes que dan impulso á la mayor parte de las acciones de la vida; es decir, esto es lo que nos desvia de nuestro último fin, lo que se sorbe nuestros deseos, lo que estraga nuestra salud, y lo que nos ocupa toda la vida. Todo nos parece importante, todo indispensable cuando se trata de nuestros intereses, de nuestras conveniencias, de satisfacer nuestras pasiones; ¿pero nos acaloramos tanto cuando se trata de los deberes de la religion, de agradar á Dios, ó desagradarle? ¿Cosa estraña! se anda con infinito miramiento, se practican mil atenciones con el mundo por hacer fortuna; á solo Dios parece que se le reputa por nada. Sabemos bien cual fué el paradero de la conducta de los santos; pues pensemos cual será el paradero de la nuestra. ¿Creemos que los santos serian santos si hubiesen vivido como nosotros vivimos? con todo eso tenemos continuamente á la vista estos grandes modelos de perfeccion, pero nos contentamos con admirarlos y con venerarlos; eso de esforzarnos á su imitacion, no se trate. Ninguno leerá estas reflexiones, que no convenga en lo que digo; ¿pero cuantos se aprovecharán de ellas? ¿serán muchos? Parece que las máximas mas cristianas, que las mas santas leyes están derogadas por el desuso, ó por la costumbre contraria; ¿pero quién ignora, que ni la relajacion, ni el abuso, prescriben jamás contra la religion?

El Evangelio es del cap. 11 de S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Ninguno en-

ciende una antorcha y la pone en un escondrijo, ni debajo de un medio celemin, sino sobre el candelero; para que los que entran vean la luz. La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado; pero si fuese perverso, tambien tu cuerpo será tenebroso. Mira, pues, no sea acaso que la luz que está en tí, sea tinieblas. Si tu cuerpo, pues, fuere todo iluminado, sin tener parte alguna de tinieblas, todo él será luminoso, y te iluminará como una antorcha resplandeciente.

MEDITACION.

De las ilusiones en punto de moral.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no hay cosa mas perniciosa que las ilusiones en punto de moral, y con todo tampoco la hay mas comun, ni mas fácil. Parece que en esta materia todo conspira á engañarnos: el corazon naturalmente de acuerdo con el amor propio; el espíritu pronto siempre, y siempre ingenioso en dar gusto á los sentidos y al corazon; los ejemplos de los imperfectos continuamente en gran número; las pasiones, que todas se coligan para sacudir el yugo del moral del Evangelio; los sentidos, enemigos declarados de la verdadera virtud; la misma razon natural, que muchas veces camina de inteligencia con el amor propio; todo concurre á engañarnos, y los lazos son tanto mas peligrosos, cuanto mas ocultos y mas multiplicados. Es cierto que una grosera relajacion nos ofende; pero se forma un sistema de moral que nos alucina, en la apariencia rígido, aunque en la realidad se acomoda á la concupiscencia y lisonjea á los sentidos. Este sistema siempre es obra del amor propio; sacrifica sin misericordia ciertas pasiones que tienen menos parentesco con nuestra natural inclinacion; pero á la pasion dominante siempre la perdona, siempre la respeta. El genio sombrío, tétrico y melancólico canoniza el espíritu de severidad y de retiro, sin poder tolerar los genios abiertos, apacibles y sociables; chócale una prudente y moderada alegría, mientras él se está alimentando de murmuraciones y de malignidad: el natural inquieto y áspero acaso será mortificado; pero no puede vivir sin pecar y sin morder. Un corazon blando, dulce y amoroso puede ser liberal y limosnero; pero huye de todo lo que le ata, y como él satisfaga su pasion, adopta sin dificultad todas las demás virtudes. La envidia, la avaricia y la ambicion tienen tambien su moral; el exterior siempre especioso, y siempre á la mano un honesto pre-

testo que disimula, pero no purga el veneno. De aquí nacen aquellas aversiones, aquellas secretas antipatías; aquella venganza disimulada, aquellas faltas de caridad, que dejan el campo libre á la pasión. Todas estas especies de moral son falsas, todas son engañosas; convienen todas en reformar el género humano, gritan á cual mas contra la licencia de las costumbres del siglo; claman todas á la reforma, á la reforma; pero mientras tanto dejan vivir en una grosera relajacion á esos imaginarios reformadores, severísimos con los otros, á quienes nada perdonan; pero indulgentísimos consigo mismos, á quienes se lo perdonan todo. ¡Qué ilusion, Dios de mi vida! ¡pero qué comun es esta ilusion! En ciertos puntos de la ley exactísimos, hasta ser escrupulosos; ¿pero qué no se permiten en otros mucho mas importantes? No se dispensarán por todo el mundo en ciertas devociones voluntarias; pero sin el menor remordimiento abandonarán las obligaciones mas esenciales de su estado: ayunarán indefectiblemente ciertos dias por pura devocion; pero despedazarán desapiadadamente la reputacion del prójimo en cuantas ocasiones se ofrezcan. Estarán muchas horas en la iglesia con edificacion y con ejemplo; pero gastarán el resto del dia en el juego, en el paseo, en las visitas peligrosas y en conversaciones poco cristianas: hablarán de Dios con acierto, y aun con gusto; pero al mismo tiempo se harán insufribles á toda la familia. ¡Señor, qué mezcla tan monstruosa! Cada uno de estos devotos de perspectiva tiene su moral; ¿pero será acaso el moral de Jesucristo?

PUNTO SEGUNDO. — Considera qué perniciosas son todas estas ilusiones. Ellas guian todas á unos espantosos despeñaderos, sin que ninguno se persuada jamás á que va descaminado. ¿Quién es el que desconfia de su moral? Fácilmente lo podemos conocer por la terquedad con que cada uno sigue su camino. ¿Hemos conocido muchos de los que cayeron en estas ilusiones, que se hubiesen desengañado de ellas? Los mayores pecadores se convierten; pero á estos ni aun les pasa por la imaginacion que tienen necesidad de convertirse. Es la ilusion una especie de ceguera, y el que está ciego no ve el precipicio. Es un veneno que se derrama en el corazon, y desde el corazon siempre se comunica á la razon. Lo poco bueno que se hace en este estado, ofusca la vista para que no perciba lo mucho malo que los demás nos ven hacer. Por tanto, este género de ilusiones casi siempre viene á parar en el empedernimiento. Vivese tranquilamente en el error, y muérese en el mismo. ¡Qué desgracia mas digna de temerse! ¡pero qué desgracia menos temida! *El que te perderá*, dice el

Salvador, *juzgará que hace un gran servicio á Dios*: este es el defecto de la ilusion en materia de costumbres, y en punto de moral; *practicarán esto contigo*, añade el mismo Salvador, *porque no conocen á mi Padre, ni á mi*. ¿Por qué medio conseguirán su descamino? Todo veneno que hace el tiro á la cabeza, quita de repente la vida. Quando las ilusiones son voluntarias, no hay que esperar enmienda de ellas; de la tranquilidad se pasa al sueño, del sueño á la móorra y al letargo. Esto vemos con dolor en todos los herejes; su terquedad y su obstinacion en los errores nacen ordinariamente de la ilusion.

¿Cuántas personas que hacen profesion de virtud viven llenas de faltas muy groseras? ¿cuántas hay que viven tranquilamente en pecado, al abrigo de una falsa conciencia? Todo es fruto de las ilusiones en punto de moral. Hay algunos de esos imaginarios devotos, que por un vil interés tienen á un infeliz deudor meses enteros en la cárcel, dejándole perecer con toda su familia. ¿Compondráse esta dureza y esta inhumanidad con el cristianismo? No hay cosa mas contraria á él; pero se compone muy bien con la pasión dominante, que tiene la mayor parte en este pernicioso plan de moral. No hay turbacion, no hay remordimiento que pueda penetrar á la conciencia; en apoderándose una vez la ilusion, en punto de costumbres, de la razon y del alma, apenas queda esperanza de salvacion.

¡Oh, Señor, y cuanto tengo de que acusarme acerca de ilusiones voluntarias! No hay moral indulgente, lisonjero y laxo que no haya seguido hasta aquí. ¿Qué sistema de conciencia es el que me he formado yo? ¿De cuantos pecados no me reconozco reo? ¡Y qué gran favor me haceis, Dios mio, descubriéndome hoy mis ilusiones y mis descaminos! Acabad, Señor, mi conversion por vuestra infinita misericordia, y no siga yo en adelante otro moral que el de vuestra ley y vuestro Evangelio, pues no hay otro para la salvacion.

JACULATORIAS. — Dirígeme, Señor, por el camino verdadero de tu doctrina, y enséñame á no seguir otro. (*Ps. 24.*)

Instrúyeme en la segura senda de vuestros divinos mandamientos, y dame gracia para que perpetuamente ande en busca de ella. (*Ps. 118.*)

PROPOSITOS.

1 No hay mas que un Dios, y una religion verdadera; con que tampoco puede haber mas que un verdadero moral. La úni-

ca regla de nuestras costumbres es el Evangelio; cualquiera otra es obra de nuestra invencion, de nuestro corazon, y de nuestro amor propio; por lo que no es de admirar que sea torcida y des-caminada. Por las ilusiones, en materia de moral, dijo determinadamente el Sabio, *que hay caminos que al hombre le parecen derechos, y su fin es muerte y perdicion*. Tales son los sistemas de conciencia que cada uno hace á su antojo; tales esos planes de moral que favorecen el genio, la inclinacion y la pasion dominante. Examina cuidadosamente cuales son tus ideas, tus máximas en este punto, cual es tu conducta. No te perdones ciertos defectos, ciertos pecados, ciertas licencias en materia de costumbres con pretexto de que eres exacto, de que eres rigido, y acaso severo en otras. Haz en buen hora limosna, que es edificacion; pero paga tus deudas, que es obligacion; no detengas la soldada á tus criados, ni el salario á los oficiales. No apures con demasiado rigor á tus deudores. ¿Estás en la iglesia con devocion y con modestia? bueno es eso; pero no seas en casa colérico, mal sufrido, impertinente y enfadoso, etc. Aquí tienes un dilatado campo para examinarte; conforma tu moral con el de Jesucristo.

2 Levantas el grito contra la licencia y contra la disolucion de las costumbres del siglo. Alabo tu zelo; pero examínate bien, y mira si se mezcla en él una buena parte de aversion, de odio, de envidia y de murmuracion. En el moral de Jesucristo no hay inconsecuencias, ni contradicciones: nota cuidadosamente si descubres algunas en el tuyo: no te fies de tu juicio; mira que es demasiada la correspondencia que tiene con el amor propio para que no se te haga un poco sospechoso. Consulta tus cosas con un director sabio, prudente y despegado, que no tenga interés en lisonjarte, ni en contemplarte; esponle con sinceridad todas tus máximas; tus opiniones y tu conducta, sin poner los ojos en otros principios que en los del Evangelio. Sea este la única regla de tus costumbres, y nunca conozcas otro moral que el que enseñó Jesucristo.

DIA IV.

MARTIROLOGIO.

LA CONMEMORACION DE LOS SANTOS PROFETAS OSEAS Y AGGEO. (Vea-se su historia en las de hoy.)

EL TRÁNSITO DE SAN JUCUNDIANO, mártir, en Africa; el cual fué sumergido en el mar por la fe de Jesucristo.